

DIA CUARENTA Y SEIS.

Diez y ocho meses habian trascurrido desde la muerte del sábio Filberto; y aunque todos conservaban muy fresca la memoria del anciano, iba entrando poco á poco en los ánimos la serenidad; y la familia volvió á sus habituales ejercicios. Las insignias del luto fueron reemplazadas con hermosas ropas de color, y en fin, ya era tiempo de pensar en distraerse de tan dilatada melancolía. Nuestros amigos habian tenido bastante tiempo para familiarizase con las mandas hechas por el sábio Filberto á cada uno de ellos. Enrique habia saboreado la lectura de su libro de memorias; Teodoro habia aprendido sus canciones y poesías ligeras; Clara ensayaba la ejecucion de sus papeles de música; Elisa tenia copiados sus dibujos con perfeccion; Cipriano

habia hecho mas uso de sus floretes que del tratado de la sabiduría; Alejandro se hacia un excelente físico con los instrumentos de su abuelo; Virginia conocia tan bien las estrellas como un astrónomo; Antonio y sus primos habian dividido la biblioteca segun lo dispuesto por el testador; y finalmente, los mas niños conservaban con estimacion los legados del anciano, á pesar de que se entretenian con los juguetes siempre que podian; de modo que todo estaba perfectamente arreglado, y todos volvian á serrenar su rostro, entregándose á placeres honestos, para templar el cruel sentimiento que los afligia.

Un dia, un vecino de la Cartuja llamado Kervilé, que hacia poco habia comprado una bellissima quinta en uno de los extremos del pueblo, llegó acompañado de su esposa á visitar al buen padre de familia. Tenia Kervilé treinta y seis años, y gallarda presencia. Su mujer, que tendria ocho menos que él, era de peregrina hermosura, y en sus agraciadas facciones brillaban la dulzura y el candor.

Recibió el señor Arleville con su urbanidad acostumbrada á estos vecinos estimables y cuando regresaron á su casa, dijo á su esposa y á una parte de los jóvenes que se hallaban reunidos en su compañía:—Quién creará que esta señora que no tiene mas que veintiocho años,

habiera podido pasar seis con un viejo de setenta y seis años á quien se unió en primeras nupcias!—Dios mio! replicó Flavia sonriéndose, qué martirio para la pobrecita, y cuánto me compadezco de ella!—Yo mucho mas, añadió Clara, porque si me obligasen á casarme con un hombre que tuviera cincuenta años mas que yo, me parece que preferiria la muerte.—Yo seria capaz de hacer cualquiera disparate, dijo Elisa, primero que contraer semejante matrimonio.—Quién lo duda! replicó Cipriano: la bella primavera no debe unirse con el triste y aterido invierno, ni la rosa con el cardo. Qué desgraciada seria esa señora, ó por mejor decir, esa niña, con el decrepito.—Pues no ha sido niño muy feliz, contestó el señor Arleville. No sabeis que una jóven virtuosa y de juicio, puede muchas veces preferir un viejo honrado, á un mozalvete fátuo y lleno de soberbia, presumido, vano y caprichoso? Las prendas del corazon y del entendimiento son á los ojos de la jóven que voy pintando preferibles al oropel y al relumbron exterior, de los modales de un mozo casquivano, el cual enamorado solamente de sí mismo, es incapaz de amar á su esposa, ni de hacerla feliz. Por otra parte, hay casos en que la gratitud exige ciertos sacrificios, tal vez penosos, pero muy apreciables. Y si no, estadme atentos á la historia de esta señorita, que hoy

es madama de Kervilé, y vereis en ella un conjunto de virtudes. Ojalá que su narracion tenga bastante influjo en todos vosotros, y particularmente en Clara y Elisa, para que alguna vez sean capaces de un proceder tan heróico.

ESE Y NO OTRO SERÁ MI ESPOSO.

El conde de Sancy, coronel de uno de los primeros regimientos de Francia, era un hombre de los mas opulentos y dichosos: casado con una señora muy amable, y padre de una niña que prometia serlo con el tiempo, veia satisfechos todos sus deseos; pero la felicidad para los hombres virtuosos, es por lo comun de corta duracion. La inesperada muerte de su esposa, acaecida en la flor de sus años, dejó á nuestro coronel abismado en tan profundo dolor, que contemplándose viudo, y con una hija muy tierna, juró no volver á casarse, y consagrar su vida, su existencia y todo su caudal á la educacion de la preciosa huerfanita. Hubiera sin duda ejecutado este proyecto, como buen padre y hombre de honor, á no habérselo impedido una desgracia no menos fatal que la primera. Sucedió, que insultado cierto dia por un jóven, hijo de otro militar igualmente distinguido,

tuvo que batirse con él. Nombráronse testigos y padrinos por ambas partes, llegó el día señalado, y puestos los dos campeones en presencia el uno del otro, el coronel mató á su contrario. Tenia el padre del jóven el mayor influjo en la corte, por lo que le fué fácil hacer pasar el castigo del conde por un asesinato, pretendiendo que aquel habia muerto á su hijo alevosamente, antes de que tuviera tiempo de prepararse á la defensa. Los testigos del conde se escondieron, y éste, oculto en la casa de un amigo, tuvo el dolor de ver confiscados sus bienes. Marchóse al extranjero y confió á su hija á un hermano de su difunta esposa, hombre apreciable, que debía servirla de padre, de tutor, de único apoyo en la tierra; mas antes de separarse para siempre de ella, el coronel disfrutó de cuanto puede ofrecer una sublime y acendrada amistad.

El señor Arceval, anciano respetable, era un antiguo amigo de su familia, y tenia varias haciendas colindantes con aquellas que el conde acababa de perder. Inmediatamente que supo las desgracias de este, sin consultar mas que á su excelente corazon, y no teniendo herederos que pudieran interesarle, vendió sus tierras con la reserva de una renta muy corta, y entrando en el aposento donde tenia oculto al coronel: —Amigo mio, le dijo, cuándo partes?—Mañana, ya que es preciso!—No hay duda que lo

es... tu vida corre los mayores peligros; una sentencia inicua te condena; no es posible que vivas seguro dentro de Francia, ¡ni yo puedo tenerte oculto por mas tiempo en esta casa, porque ya no es mia.—Cómo! ya no es tuya?—No; pero estos son negocios que á tí no te importan. Ocupémonos de los tuyos. Tú piensas partir mañana; pero yo te anuncio con dolor que debes salir hoy mismo.—Hoy mismo?—Al punto.—Hombre cruel!—No tanto como te parece, querido amigo; ¿podrá ser cruel con el hijo el que debe la vida al padre? Yo debo la vida al tuyo, y presto conocerás que no me olvido de tan gran beneficio; pero tu seguridad exige que partas inmediatamente... Yo tambien me retiro á Paris. He vendido mis tierras, esta casa.... y el nuevo propietario vendrá á tomar posesion de ella mañana á mas tardar... La casualidad ha querido que sea un pariente de tu enemigo, y ya ves que no puedes presentarte á su vista, sin correr mucho riesgo.—Pero cómo has podido deshacerte?...—Repito, que esto nada te importa.—Y mi hija!—Corre, abraza á tu hija, y parte.—¡Oh querida hija mia! Que no pudiera llevarte conmigo!—Ya vez que no es posible en una edad tan tierna; Mercourt y yo cuidaremos de ella, cual pudieras hacerlo tú mismo, y al propio tiempo trabajaremos para que vuelvas al goce de tus derechos...

El intrépido Arceval ayudó á disponer las maletas de su amigo; voló este á despedirse de su hija, dándola un abrazo que temió fuera el último que la diese en la vida, encargóla con todo empeño al cuidado de su tío Mercourt, quien prometió consagrar su vida y caudal á la educacion de la huerfanita, y vuelto el coronel á casa de Arceval, fué la separacion de estos dos amigos la mas tierna y dolorosa que pueda imaginarse.

No le ocurrió cosa particular hasta Lúndres, en donde fuera ya de peligro quiso detenerse algunos días. Deseaba el coronel pasar á la América, y solo esperaba ocasion favorable para embarcarse. No tardó efectivamente en proporcionársele navío que lo condujese allí; mas antes de trasladarse á bordo, le ocurrió examinar sus maletas y arreglarlas de nuevo. Pero cuál fué su asombro al encontrar en ellas enormes sumas de dinero, con una esquila que al punto conoció era escrita por su querido Arceval! Leyóla inmediatamente, y hé aquí lo que decia:

“Amigo de mi corazon: en la batalla de Fleurus, tu padre á cuyas órdenes servia yo, me avistó en el momento crítico en que distante de mi tropa me tenia envuelto un peloton de enemigos. Por mas que procuraba defenderme, conocí que era preciso ceder al número; ya me

habian dado un sablazo en un hombro; y en fin, mi vida se hallaba en el peligro mas inminente, cuando, como digo, tu padre, el general Saucy, acudió á toda brida á libramme, lográndolo y llevándome á su propia tienda, donde cuidándome con el mas tierno interés, él mismo restañó la sangre que salia de mi herida, cual lo hiciera un buen padre con su propio hijo. Accion tan noble jamás se ha borrado de mi memoria, y al verte rodeado de infortunios, he dicho: “Si debo mi vida al padre, mis caudales deben pertenecer al hijo.....” No te admires, pues, de que haya vendido gran parte de mis bienes, con el objeto de ayudar á un amigo tan querido, cuando este gime bajo el peso de la desgracia. Tuya es desde ahora esa cartera, que podrá servirte donde quiera que te halles, y estoy seguro que mi amado Saucy tendrá lo bastante para finalizar sus dias en paz, sea cual fuere el término de su existencia. Tu amable Carolina, confiada al cariño de un tío rico que la quiere como á una hija, no debe inspirarnos inquietud respecto á su destino. Valor, amigo mio, resignacion, y sobre todo, esperanza!..... Vamos á tomar con todo empeño el desagravio de tu honra, y no dejaremos piedra por mover á fin de que salga brillante tu inocencia... Pero antes de dar algun paso imprudente y espuesto, espera nuestro aviso, y no dudes del inesplica.

ble placer que tendremos en acelerar el momento en que podamos darte mil abrazos. Adios. Tu amigo.—*Clotario de Arceval.*”

Registró el coronel la cartera, y halló en ella dos millones de reales en letras de cambio, y una porcion de monedas de oro... ¿Qué hará en este caso, no pudiendo detenerse para restituir inmediatamente una cantidad tan considerable á un amigo que se ha quedado casi pobre por favorecerle? Confuso, turbado, fuera de sí, cierra la maleta, embárcase, y parte. Apenas llegó á América, lo primero que hizo fué escribir á su hija una larga carta, en que la participaba circunstanciadamente el generoso rasgo del señor Arceval.—Yo me prometo, mi amada Carolina, la decia, restituir á ese amigo, el modelo de los amigos, la enorme suma que ha puesto en mi poder, luego que encuentre una oportunidad favorable para ello; pero si por desgracia no puedo hacerlo, y si me sorprende la muerte antes de efectuar este proyecto, te mando con toda la autoridad que tengo sobre tu corazon, y en nombre del tierno amor que me profesas, hagas cuanto dependa de tí, por contribuir á la felicidad de ese amigo generoso. Conserva mi carta para volver á leerla cuando la entiendas mejor, y sábetelo que dejo á tu cargo, sea del modo que fuere, la satisfaccion del agradecimiento de tu padre!

Nuestro desgraciado coronel pronosticaba ya su fin cercano, y en efecto, agoviado de pesar y de fatiga, no pudo sufrir el nuevo clima en que respiraba, y cayó enfermo. Entregado á una asistencia mercenaria falleció á poco, y su rica cartera fué robada y dividida entre los que le rodeaban. Deciros como fué esto, y que nunca pudo su familia recuperar siquiera una débil parte de aquel inmenso caudal, seria desviarme de mi propósito, y así no os hablaré mas que de la preciosa Carolina.

Recibió esta amable niña la última carta de su padre, y aunque apenas tenia doce años, la regó con sus lágrimas comprendiendo bien el sentido de sus espresiones. Mostrarla á su tio, persona muy digna de ser partícipe de su agradecimiento, y volar con él á casa del anciano Arceval fué para la sensible señorita negocio de un instante. Arceval suplicó á Carolina y á su tio que no le volviesen á hablar de una cosa que debió hacer por un amigo desgraciado. Como tio y sobrino tenian demasiado interés en contemporizar con un anciano tan respetable, le prometieron que en lo sucesivo no tocarian este punto, y Mercourt logró de él que se saliese de la modesta casa que habia alquilado en París, para venirse á la suya en compañía de la hija de su amigo. Cedió con alguna dificultad á sus instancias el generoso Arceval, pero al

cabo tenia setenta y seis años, estaba algo achacoso, necesitaba quien le cuidase; y quién podia hacerlo mejor que la hija y el hermano de un amigo á quien habia hecho tantos beneficios?

La felicidad de esta amable familia, solo se vió interrumpida con la dolorosa noticia de la muerte del coronel Sancy; entretanto Carolina aumentaba en gracias y en virtudes, y prometia ser la mujer mas interesante del pais.

Habia cumplido ya diez y ocho años, y solo trataba de ejercitarse en las preciosas habilidades que debia á su excelente educacion. Carolina era el alma de todas las concurrencias, y apenas se presentaba conmovia los corazones de los jóvenes, notándose que miraba con alguna inclinacion entre sus admiradores al conde de Kervilé, tan interesante por su dulzura como por sus arregladas costumbres. Era este jóven hijo único de un antiguo militar que habia muerto en campaña dejándole una cuantiosa herencia. Vivía su madre que era una excelente señora, la cual cifraba en el hijo su felicidad; y nunca salia de casa sin llevarle consigo, ni él se presentaba en ninguna parte sino al lado de su madre. Este rasgo de amor filial, en vez de servir de modelo á otros caballeros de su edad, solia servirles de pretexto para ridiculizarle; pero Kervilé se burlaba de sus bufonadas, contestándoles:—Qué quereis?

Tengo una madre tan indulgente conmigo y tan obsequiosa, cual pudiera hacerlo una *amiga*, y al mismo tiempo me deja tanta libertad, cuanta teneis vosotros. Es cierto que no gusta de abusar de los teatros, bailes y tertulias..... pero es la primera que me insta, y aun me manda que me divierta. O; confieso, amigos míos, que los momentos mas dulces para mi, son los que paso á su lado...

De esta manera hablaba Kervilé á sus amigos, quienes despues de oírle no podian menos de apreciarle, aun cuando no se hallasen dispuestos á seguir su ejemplo. No habia madre de familia que no le elojiasse, y cada una de ellas le hubiera querido para esposo de su hija, porque conceptuaban con razon, que debia ser un excelente marido.

Madame Kervilé y su hijo pasaban las tardes en casa de Mercourt, y nuestros amigos corrian por la noche á la de ellos. Madama de Kervilé y el anciano Arceval jugaban ajedrez; Mercourt era quien decidia sobre las jugadas, y Eugenio y Carolina ejecutaban varios trozos de música; otro jóven, llamado el caballero de *Ormison*, pariente remoto del conde de Kervilé, y el mas íntimo de sus amigos, era tambien de la tertulia, acompañado de un tio suyo, militar veterano, gran cazador, gran apostador, y sobre todo, gran bebedor. Tanto el caballero de Ormison

como el conde miraban apasionados á la bella Carolina, y aunque ambos la adoraban, el último llevaba la primacía en el corazón de la señorita, ya porque solo él habia conmovido su alma, ya porque su tío la estimaba particularmente. Cuando el conde no estaba delante, y Carolina hablaba de él á su tío, se alegraba de oír á este alabar al amigo de su corazón, y en efecto, Mercourt no cesaba de ponderar sus buenas prendas.—Es buen hijo, decia, y esta sola palabra basta para dar una idea de que tiene todas las virtudes.....—Vamos claros: sobrina, añadía sonriéndose, me parece que no te pesa que hable de esta manera? oye, hija mia: si te agrada, si deseas recibirle por esposo, no tienes mas que decírmelo, y yo haré un matrimonio que sea el consuelo de mi vejez; pero Carolina se ponía encendida, callaba, y se retiraba sin que supiese el buen tío á qué atribuir esta conducta.

No estaba tan satisfecha nuestra señorita del modo con que el señor Arceval juzgaba á su amable Kervilé, de quien hablaba siempre con tono enfadado. No veía en él ninguna de las buenas prendas que todos admiraban; tratábase con alguna aspereza; se burlaba de él, y parecia desasosegado cuando le oía decir algun requiebro á Carolina, que esta le contestaba en los propios términos. Consultado el viejo por

nuestro Mercourt acerca del matrimonio entre los dos jóvenes, perdió el color, halló mil obstáculos para este enlace, y experimentó un descontento que no le fué posible disimular. Acabó de trastornarle cierto dia madama de Kervilé, pues abrazándolo á Carolina:—Hija mia, la dijo, yo no tengo quien me ame ni á quien amar, sino á mi Eugenio..... si tú le quieres por esposo, desde ahora te le doy. Necesito una nuera que tenga todas las virtudes de su alma, que me ame cuanto él me ama... y he hallado en tí esta nuera tan apetecida. Mercourt, amigo mio! cuándo los casaremos?—Eso, contestó Mercourt, preguntádselo á mi sobrina.

Calló esta, y el anciano Arceval, que andaba disponiendo el juego de ajedrez, por poco echa á rodar las piezas con el movimiento que hizo de disgusto y mal humor.

A la mañana siguiente, llamándola el tío á su cuarto:—Sobrina mia, la dijo con mucha afabilidad, despues de hacerla que se sentara; tu conducta es un misterio para mí, pues hace bastante tiempo que conoces á Kervilé, que le amas, que él te adora, y cien veces te he propuesto que te unas con un joven de tan bellas prendas, sin que hasta ahora haya logrado que me respondas terminantemente. Veintidos años tienes, Carolina, y ya me parece que es tiempo de que pienses en establecerte; y aunque te

sientas poco inclinada á verificarlo, mi obligacion, y sobre todo el cariño que te profeso me empeñan á repetírtelo. Sin embargo, antes de que te decidas sobre un asunto de tanta importancia, tengo todavia otra cosa que recordarte. Supongo que no te habrás olvidado de que mi amigo Arceval se despojó generosamente de casi todos sus bienes por sacar airoso á tu desventurado padre, y que desde aquella época el buen anciano se vió reducido á un estado de medianía en que le es difícil subsistir con alguna decencia. A tí, por influencias tuyas se te restituyeron los caudales de tu padre; posees en el día tres veces mas de lo que importaba la deuda de este padre, y me admira que nunca me hayas hablado de pagarle á este hombre, modelo de beneficencia. Yo, como tutor escrupuloso, no puedo arbitrariamente hacer esa restitucion y necesito de tu consentimiento para ello. La jóven contestó:—Ya hablaremos de este asunto, que nunca se ha borrado de mi memoria. La carta de mi padre, carta preciosa y sagrada, que traigo siempre conmigo, me recuerda sus deseos y sus órdenes.—Muy bien, pero en este caso qué aguardas para cumplirlas?—Tío mio!... ya llegará el momento en que veais como sé combinar los deberes de la gratitud con los de la piedad filial. Por lo que ha al conde de Kervilé...—Le amas, no es esto?

A menos que no prefieras á su pariente Ormison?—Oh, no señor!—Es que tambien es de los pretendientes.—Lo sé, querido tío, y aun hay otros; pero quereis que esto se termine luego? Quereis desengañaros de mi verdadero modo de pensar?—Lo deseo con toda el alma.—Pues bien, dignaos reunir mañana á los señores Kervilé, Ormison y Sanfar, que de algun tiempo á esta parte me ha explicado sus intenciones; yo me decidiré, y vos conoceréis mi resolucion.

Aceptó Mercourt la propuesta, y convidó á comer para el día siguiente á todos los que aspiraban á la mano de su pupila; una vez reunidos todos en la pieza principal, y siendo ya de noche, hizo Carolina un esfuerzo sobre sí misma, y resolvióse á manifestar terminantemente quien era la persona á quien preferia. El tío inició la conversacion diciendo:—Caballeros, y vos madama de Kervilé, antes de comenzar las partidas de juego, espero permitireis que mi sobrina explique á todos un secreto, que si no me engaño, hace algun tiempo abriga en su corazon. Deseo su matrimonio, pero de ninguna manera pretendo forzar su inclinacion, sea la que fuere, y he citado á sus pretendientes para que haga entre ellos su eleccion, la cual no puede menos que ser digna de su juicio. Habla, pues, hija mia.

Levantóse al oír esto el viejo Arceval lleno

de la mayor agitacion; pero Mercourt, asiéndole por la mano, y obligándole á que volviese á sentarse, le dijo:—Amigo mio, vos que habeis visto nacer á Carolina, que la amais, que la habeis dado tantas pruebas de una verdadera estimacion, la desampararíais en el momento crítico en que vamos á decidir todos de su felicidad?...

Contúvose nuestro anciano, volvió á sentarse, y Carolina, aunque muy turbada, y demudado el color, habló en estos términos:—Conozco, señores, á los que, reunidos en esta sala tienen la bondad de pretender mi mano. No tengo la vanidad de creer que con elegir á uno, atormentase á los que pareciesen desairados, porque hay bastantes mujeres apreciables que podrian consolarlos de mi pérdida, reemplazándome ventajosamente. Habeis podido creer que yo tenia en mi corazon una inclinacion particular á uno de vosotros? Pues ahora conocereis á este corazon que cada cual ha creído conmovér á favor suyo. Señores, concluyó dirijiéndose al señor Arceval; veis á este anciano, que ha sido el bienhechor de mi padre?..... *Este y no otro será mi esposo.....*

Semejante declaracion llenó de asombro á los concurrentes. Carolina prosiguió tomando las manos del anciano.—Sí, amigo mio, con vos me caso, porque conozco los nobles sentimientos de

vuestra alma, y no creais que debeis mi mano solamente á la gratitud, aunque ha tenido bastante influjo en el partido que acabo de tomar... en fin, á vos elijo por mi esposo.

El honrado anciano, trémulo y confuso, no sabia qué hacer ni qué decir. El amable Kervilé inclinó la cabeza como aquel que se deja sumergir en un dolor profundo; y el caballero de Ormison fué el único que dirigiéndose á Carolina, la dijo así:—Es posible señorita que en tal penseis! Vuestra eleccion es muy caprichosa y la persona favorecida no es posible que acepte vuestra mano. Arceval reflexionará que un Matusalén no dice bien al lado de una hermosa jóven y...—Perdonadme, caballero, le contestó moderadamente nuestro anciano: yo acepto la oferta de Carolina, y por lo mismo que me traeis á la memoria mi avanzada edad, y porque me veo cercano á la sepultura, quiero disfrutar todavia de una dicha inmensa aunque corta. Sí, yo pretendo engalanar con un himeneo tan envidiable los pocos años, meses, ó acaso dias que el cielo se digne otorgarme: y ya que vosotros, señores, no lo habeis penetrado, debo deciros que á pesar de mi mucha edad he caido en el delirio de amar con igual violencia que vosotros pudiéreis hacerlo. Yo no miraba á Carolina sino con los ojos de un padre, de un amigo, de un viejo que la vió nacer; mas

¡ay! no he tardado en advertir por cierta especie de celos, que vosotros en mi excitábais, que yo estaba enamorado de ella. A no como cualquiera jóven, y no puedo concebir que sea ridícula esta pasión tan bien justificada por el objeto que la inspira. Acepto, pues, la mano de Carolina, única mujer que me ha inspirado un verdadero cariño, y hablando con franqueza, me lisonjeo de que este partido no la perjudicará en nada. Es cierto que me caso con ella; pero pronto quedará libre; porque la muerte no podrá tardar en alcanzarme, y el corto espacio de tiempo que haya pasado conmigo, como una hija con su padre, no marchitará sus atractivos. No envidieis pues, algunos momentos de consuelo que me causará su amable compañía.

Levantóse madama de Kervilé, y tomando á su hijo por el brazo, retiráronse ambos sin decir una palabra.

Los otros dos pretendientes tomaron el partido de reírse, y al salir dijo Sanfar á Ormison:—Amigo, dejemos á la niña con su viejo.—Sí, contestó éste; ahí quedan Titón y la Aurora.

Luego que nuestros amigos quedaron solos, señalaron el dia y demás circunstancias para la ceremonia nupcial; y como Melcourt hiciese á Carolina algunas observaciones acerca de su singular eleccion:—Amado tío, repuso la jó-

ven, no tengo otra respuesta que daros mas que la carta de mi padre. ¡No me ordena que haga cuanto dependa de mí, por contribuir á la felicidad de su amigo?... Yo llegué á notar que Arceval me amaba, y que no era esto una simple amistad, sino un verdadero amor. Siempre discreto, y juzgándose á sí mismo con mas rigor que yo le juzgaba, nunca me descubrió su modo de pensar; mas mi enlace con otro hubiera sido para este hombre generoso un golpe de muerte.—Te comprendo, Carolina; pero tú amas á Kervilé?—Tío!... la felicidad del amigo de mi padre estaba en mi mano... y era fuerza obedecer á un padre tan bondadoso! —Te admiro, hija mia, y no sé qué responder. Vive feliz con Arceval, si es que puede serlo la que tiene otra inclinacion en su alma.—Acordáos como yo, querido tío; acordáos de mi padre!

De allí á breves dias quedó celebrado el matrimonio del anciano Arceval con Carolina, y efectivamente vivieron los dos esposos como un buen padre y una tierna hija. Esta por fin volvió á su libertad con la muerte de aquel, y recobrando el amor sus antiguos derechos, se unió en segundas nupcias con el conde de Kervilé, quien persuadido siempre de que hallaria libre tarde ó temprano el corazón de su Carolina, se habia mantenido sin entregar el suyo á

otra. Este himeneo, mejor combinado que el primero, colmó de júbilo á Melcourt, el cual vive todavía y pasa sus días muy tranquilos con la interesante pareja que ayer habeis visto aquí. Elisa y Clara confesarán sin duda que Carolina es un modelo de piedad filial, y que la conducta de esta jóven no merece sino elogios.

Callaron las dos, aunque no las acomodaba la union del viejo y la niña; y lo restante del día lo dedicaron nuestros amiguitos en recrearse con la amenidad del campo.

DIA CUARENTA Y SIETE.

En este día tocó su turno á María, con motivo de un pequeño robo, verificado en la despensa de unos vecinos, por los hijos de éstos, y que causó algun escándalo en la Cartuja. El ama de gobierno refirió la historieta siguiente á los niños mas pequeños de la casa de Arleville.

LA GOLOSINA.

Madama Dumont era ya una mujer proveceta, pero de cortísimo talento. Vivía en una casita muy linda, algo apartada de las demás, y al extremo de un pueblo. La he conocido mucho cuando niña: todavía me acuerdo que me hacía mil caricias, tomándome sobre su regazo, y aún faltó poco para que me llevara consigo y me cria-